

ESTIGIA

ESTIGIA

Escuché el zumbido, más débil esta vez.

Estaba perdiendo la conexión de nuevo.

—Sí, te escucho —dije, sacando la cabeza del hoyo en el que me había metido a toda prisa.

En ocasiones la recepción mejoraba, pero en aquella zona era más deficiente; dejó de ser medianamente audible cuando abandoné la llanura y me interné en las montañas de escombros. Apenas me detuve, la llamada me sacudió con violencia cuando desde mi puesto de observación escrutaba los arrabales que se extendían ante mí bajo el tibio sol del mediodía.

—Te recibo mal —dijo la voz, retumbando de nuevo en mi cabeza, tras surgir del implante—. ¿Puedes solucionarlo?

—No, no puedo. Dime lo que sea, antes de que te pierda.

En realidad estaba deseando que la interferencia arreciara para dejar de escuchar a Aarón; me fastidiaba su voz siempre que se ponía en contacto conmigo. Que me llamara, me sorprendió: hacía seis días que no lo hacía, desde que Jacob pasó a mejor vida. La noticia de su muerte debió sentarle como un jarro de agua helada en pleno invierno, pero lo más sorprendente fue que no hizo el menor reproche, ni se interesó por los detalles del accidente. La sucinta explicación que le di debió parecerle suficiente para que no le quedara la menor duda de que yo había hecho todo lo que estaba en mis manos para que Jacob no cayera en el agujero que se abrió bajo sus pies. Supongo que le reconfortó que le dijera que no sufrió, que murió al instante. Solo al final me preguntó si había enterrado su cadáver. Le respondí que no podía arriesgarme a bajar donde había caído; no me lo censuró; pero su silencio, en vez de tranquilizarme, me dejó mal sabor de boca, y la explicación que se me ocurrió no fue otra que en ese momento Aarón no estaba solo, sino acompañado, y no se atrevió a expresar en voz alta lo que pensaba.

También me preocupó que durante los días siguientes no me llamara, como había estado haciéndolo todas las mañanas, para interesarse por los progresos de la misión que me había sido encomendada. Unas veces era Jacob

quien se comunicaba con él, las menos era yo quien le informaba, pero ninguno le dábamos buenas noticias, sino todo lo contrario. Aarón, después de la muerte de Jacob, parecía haberse olvidado de mí hasta la mañana que llegué a los arrabales de la ciudad, que era el destino que me había impuesto. Para él, yo debía andar por otros lugares, intentando localizar el tercer Centro.

Su voz, restallando dentro de mi cabeza, me había sorprendido por inesperada. Como temía que esta vez me interrogara acerca de la muerte de Jacob, recé para que del cielo bajara la tormenta que dificultara de nuevo la comunicación, como venía ocurriendo desde el día que despertamos en el Centro de la isla.

Mientras pensaba lo que iba a hacer y qué decirle a Aarón, ajusté las lentes a mis ojos y eché una mirada al muro que tenía delante; me había parecido ver una sombra moverse entre los escombros, como a cien metros, del gran muñón del edificio calcinado donde había estado la alcaldía de la ciudad.

No esperaba encontrar bichos allí; como todos mis compañeros yo creía que habían vuelto a sus cubiles del norte. Pero no debía confiarme, sino estar alerta en todo momento.

—¿Alguna novedad? —preguntó la voz de Aarón, ansiosa esta vez.

—Aparte de que sigo vivo ninguna. ¿Te parece poco?

—Debiste volver cuando Jacob murió, Arael.

—Y una mierda —dije en voz baja para que él no me oyera.

—No puedes hacer mucho sin Jacob...

—Claro que puedo. No he llegado hasta aquí para regresar con el rabo entre las piernas.

Miré la hora. Yo debía estar rezando, y lo estaría haciendo si no fuera porque Aarón me estaba fastidiando, pero también porque delante de mí una maldita forma de vida, peluda y con giba, babeante y hambrienta, me acechaba. Intenté localizarla para ponerla en el punto de mira. La bestia tenía preferencia, Aarón podía esperar, que se desgañitara diciendo tonterías.

—Todos volvimos a casa, Arael..., en los Centros que exploramos no había nada... —seguía diciendo—. Fue lo mejor que hicimos. Debes regresar lo antes posible, pero a donde yo te diga...

Mis otros compañeros partieron a sus destinos el mismo día que Jacob y yo emprendimos la marcha hacia el este. Nuestra misión estaba condenada al fracaso de antemano, pero Aarón nos había ordenado que explorásemos la ruta más larga, la que nos obligaba a Jacob y a mi dar muchos rodeos para eludir las zonas consideradas de alto riesgo. ¿Y todo para qué? ¿Para echar un vistazo a los lugares donde él suponía que podíamos encontrar Centros no violados? Nada menos que tres. Qué moral tenía Aarón. Él y los otros compañeros rastrearían las regiones situadas al norte y al sur. Creía haber entendido que habían vuelto

a casa, y como Aarón no había hablado de éxitos yo debía entender que habían fracasado. Volví a preguntarme por qué me llamaba después de tantos días sin acordarse de mí. Había entendido que quería que volviese. ¿Solo para eso me había llamado?

¿Por qué iba a volver cuando estaba tan cerca de mi meta y tan lejos del lugar que Aarón se empeñaba en llamar nuestro nuevo hogar? Estuve a punto de echarme a reír. No podía haberse referido al asqueroso agujero donde despertamos. En ese momento yo debía estar rezando, Casi había pasado la hora de la oración. En compañía de Jacob, mientras recorríamos los páramos y las carreteras, tenía que hacerlo a escondidas de él para no soportar sus burlas, y también para que no descubriese que mi conversión había sido una farsa. A veces creía que él sospechaba que cuando no me miraba, me arrodillaba y rezaba, en ocasiones hasta cinco veces al día.

—Encontramos un Centro... ¿No me has oído? No necesitas caminar mucho para reunirte con nosotros... El Centro que hemos descubierto es estupendo, hay de todo...

—Qué bien. ¿Y dónde está?

¿Qué había querido decirme? Yo estaba más atento a las señales que registraba mi detector que a sus palabras. No le prestaba atención porque algo se movía no lejos de mí.

El chirrido que precedió a la voz de Aarón me obligó a apretar los dientes.

—Anota las coordenadas, Arael... Repito que se trata

de una isla situada a poca distancia de la costa, al oeste del puerto estelar... Encontrarás un pequeño embarcadero a medio camino de nuestro Centro y donde estás ahora. Cuando llegues, me llamas e iremos a buscarte en una lancha...

Lo que acababa de escuchar me dejó perplejo.

—¿Me estás diciendo que habéis encontrado un Centro no catalogado en una isla? ¿Te estás quedando conmigo? Conozco esa región y creo que no hay ni una sola isla a lo largo de mil kilómetros de costa.

—No te oigo, te estoy perdiendo otra vez... Escúchame. Había un bote en el embarcadero, y un mapa. Seguimos sus indicaciones y llegamos al lugar más fantástico que puedas imaginar... Eh, ¿sigues ahí?

No tenía idea de lo que para Aarón podía significar “fantástico”.

Volví a perderlo, precisamente cuando quería escucharle.

—¿Qué encontrasteis en los Silos de ese Centro? —pregunté, empezando a ponerme nervioso.

—Es largo de explicar... —Otra interrupción—. Mejor que lo veas con tus propios ojos. Vuelve enseguida... Te necesitamos, deja lo que estás haciendo...

Maldije entre dientes. Lo que Aarón había dicho, que me necesitaban, me había producido una desagradable sensación de desamparo. Y de celos. De forma instintiva acaricié el lóbulo de mi oreja izquierda, palpé lo que había en él la noche antes de que Jacob y yo partiéramos. Mis

compañeros abandonaron el Centro antes que nosotros. Aquellas podían ser las últimas exploraciones que llevaríamos a cabo. Todas las anteriores que emprendimos, desde que abrimos los ojos y nos enfrentamos a la maldita realidad, habían terminado en fracaso. Estaban muy desanimados. Yo era el único que abrigaba esperanzas de encontrar algo grande.

En una ocasión todos los que participábamos bajamos a un Centro en el que las cápsulas no habían sido utilizadas: estaban vacías, así como el Almacén, la Cocina y el Garaje. ¿Por qué razón fueron desechados los Silos si estaban terminados? No había nada dentro de las cápsulas. No me tranquilicé hasta que en un registro pudimos leer los nombres de los elegidos que debieron haber sido sus huéspedes y comprobé que Carrie no figuraba entre ellos. Jacob mostró su alivio soltando una risa nerviosa. En cambio, a mi primo Jonathan el vacío que encontramos en los Silos lo hundió más en la desesperación. No esperaba volver a verle después de que nos separaran; me llevé una sorpresa al encontrarle en el Centro al que llegué minutos antes de que fuera sellado. Aquel día, que yo llamaba de la Gran Decepción, él me miró de reojo, como preguntándome qué más necesitábamos para convencernos de que estábamos perdiendo el tiempo yendo de un lado a otro de la colonia, buscando lo que nunca encontraríamos. Tal vez fue en ese momento cuando Jonathan empezó a tomarse en serio la idea que le rondaba en la cabeza hacía

varios días. Adiviné lo que pensaba hacer, pero no traté de disuadirle. ¿Para qué? Por mí podía irse al infierno. Su presencia en el Centro, cuando me presenté ante Aarón y le entregué mis acreditaciones, me fastidió porque él era un converso de corazón, y además sabía lo que yo pensaba. Jonathan no fingió haber renunciado a su fe, había creído a pies juntillas lo que decían las proclamas. El lavado de cerebro al que lo sometieron resultó tan eficaz en él que no se inmutó cuando empezaron a desaparecer de las ciudades y las granjas nuestros mayores. Mi primo y yo acabábamos de cumplir doce años por aquellos días, pero nos dábamos cuenta de lo que estaba pasando desde el momento en que las autoridades de la colonia hicieron público el edicto que habían recibido de la Tierra, la disposición que desarrollaba la ley promulgada por el Directorio años atrás. La maldita ley.

En la Tierra se había producido un golpe de estado un lustro antes, según me enteraría más tarde, con el fin de acabar de una vez por todas con la creciente ola de actos terroristas que la azotaba desde hacía muchas décadas.

A nuestros líderes no les sorprendió, ni les escandalizó, la orden; mas la recibieron con satisfacción. Creo que incluso brindando con champaña.

Cuando el comité creado para poner en marcha el programa tomó en consideración las protestas de la minoría que se oponía al decreto, a mí ya me habían separado de mis padres, y junto con veintitantos niños y niñas nos enviaron

a un orfanato situado en las afueras de la capital, en el que viví varios meses ignorando lo que estaba sucediendo fuera de sus muros.

—Arael, dime si me has entendido...

La voz de Aarón me arrebató los viejos recuerdos, obligándome a ocuparme de otros pensamientos, por ejemplo por qué al Centro que encontramos vacío no llevaron a los elegidos que debían ocuparlo.

—¿Sigues ahí? No te escucho, maldita sea...

Tenía que responderle.

Aunque las palabras de Aarón me llegaban distorsionadas y me costaba entenderlas, había escuchado lo suficiente para estar cabreado todo el día. Tomé la decisión de no seguir hablando. Corté la comunicación. Tenía otras cosas más importantes que hacer: acababa de ver un bicho moverse. O me pareció que se movía. No quedaban muchos, apenas había encontrado media docena desde que viajaba solo, y todos moribundos, reventados por dentro o podridos por fuera. Supongo que les había llegado su hora: su cíclica incursión por las tierras de los humanos estaba llegando a su fin. Yo disfrutaba acabando con ellos. Claro que también podía ocurrir que volvieran a aparecer en manadas antes de lo previsto. ¿Qué sabíamos acerca de ellos? Nada. No teníamos ni puta idea de sus intenciones hasta que aparecieron. Tan solo disponíamos de los informes que habían traído las dos expediciones que partieron al norte una década después de la llegada de la primera nave. «Por

interés meramente científico», dijeron. Aquellos torpes exploradores volvieron diciendo que habían encontrado unos animales extraños vagando por los raquíuticos bosques que discurrían a lo largo de los fiordos y las tundras que circunvalaban la cadena de montañas, por los territorios que ya habían sido declarados como reserva, y que poblaríamos cuando la colonia necesitara expandirse, algo que no ocurriría antes de dos o tres siglos. Este era el plazo calculado que se necesitaría para alcanzar el nivel estándar de colonización. Después de haber sido catalogadas miles de especies, una más carecía de importancia. ¿Para qué perder el tiempo estudiando unos animales que habitaban tan lejos, aunque fueran tan singulares? A nadie se le pasó por la cabeza darles un nombre rimbombante, bautizarlos con un par de latinajos. Así, cuando se presentaron en manadas, simplemente fueron llamados “bichos”. Un nombre muy original.

A mí me daba igual que una criatura nativa fuera un mamífero o un ave. Lo importante era el sabor de su carne una vez guisada o frita, por supuesto si era considerada pura. Mi padre me llevaba a cazar mamíferos raros. Luego, el Gobierno de la colonia prohibió que los abatiéramos: los experimentos culinarios pasaron al olvido.

No sé por qué hacíamos tanto caso al Gobierno de la Tierra. Mis padres no dejaban de criticar sus órdenes. También hablaban entre ellos de elecciones y cosas que yo no entendía, ni me preocupaban. De alguna manera

parecían adivinar lo que se les venía encima. El matrimonio que se hizo cargo de mí, después de que me dejaran salir de aquella especie de cárcel, tampoco me aclaró por qué la gente del Gobierno de la colonia recibía tantas críticas. ¿Qué iban a explicarme? Aquellos cabrones se partían de risa cuando se referían a lo que había pasado hacía un año, como si les divertiera. Al reparar en mí, dejaban de hablar y me miraban con desprecio. Si me soportaban en su casa era porque recibían todos los meses un lote de cupones extras. Lo que más les divertía era cuando yo volvía de las clases y me preguntaban si ya habían conseguido hacer de mí una persona decente. Si sacaba malas notas, me castigaban y me mandaban a la cama sin cenar. Eran granjeros, tenían grandes piaras de cerdos, nada de carneros y ovejas. Cada semana mataban un gorrino y me obligaban a presenciar cómo lo hacían pedazos. Riendo y cubiertos de sangre, me decían que un cerdo era por dentro como una persona. Luego me sentaban a la mesa y ponían delante de mí un plato rebosante de grasa, sobre la que flotaban enormes pedazos de solomillo. También me hacían beber vino o cerveza, y no dejaban de vigilarme hasta que veían completamente limpio mi plato. Solo entonces permitían que me fuera a dormir. A solas, en mi pequeño cuarto, metía los dedos en mi boca y vomitaba lo que había comido. Empecé a adelgazar, claro. Me llevaron al médico y este, un poco despistado, les aconsejó que modificaran mi dieta. A regañadientes lo hicieron y me dieron de comer de todo, excepto cerdo.